

Estancias chadianas.

Martes 5 de abril de 2011.

Hay que madrugar. Nos recogen a las 6:45. Recorremos el kilómetro y medio que separa el JRS del aeropuerto. Las calles están perfectamente asfaltadas. Nos detenemos en una panadería a aprovisionarnos pues en Guéreda no habrá pan. Compramos para tres días.

Junto al aeropuerto, un batallón de 500 militares franceses, pendientes de que todo esté orden. Accedemos al aeropuerto internacional de Abeché. Un empleado con poco ánimo revisa nuestro equipaje. El permiso no ha llegado aún de Ndjamena y nos movemos con una copia del pasaporte y la orden de misión del JRS. No ponen problemas. Cuentan nuestros bultos y los pesan cuidadosamente. Los vuelos humanitarios son muy estrictos con el peso. 50 metros nos separan del avión de Naciones Unidas. Nos recoge un autobús. Nuestras maletas siguen otro camino. A pie del avión, debemos identificarlas. La tripulación, dos blancos sudafricanos, colocan nuestro equipaje.

Despegamos. A la izquierda, reconocemos los almacenes de la ONU. Una vasta extensión de contenedores al aire libre, toneladas de material necesario para la actividad y funcionamiento de los campos de refugiados.

En 45 minutos aterrizamos sobre una pista de tierra, bienvenidos al aeropuerto de Guéreda. Un policía armado con un fusil, hace guardia sobre un montículo de arena. No hay nada más. Esperamos a que el avión despegue de nuevo y escoltados por la DIS (policía chadiana), nos acercamos a la población de Guéreda. Aquí se ubica la “base” de JRS.

Con nosotros ha volado personal del UNICEF, que viene a evaluar y supervisar el correcto reparto del material escolar en las escuelas de los campos. Tiene poco tiempo. Nada más llegar, de nuevo a los coches, partimos hacia Kounoungou. Echaremos en falta la cámara de fotos. Antes de partir, debemos informar de nuestra visita a los campos.

Recorremos la pista de tierra que separa Guéreda de Kounoungou a buena velocidad, a pesar de estar en regulares condiciones, sobre todo al atravesar

los lechos secos de los ríos, muy peligrosos por la cantidad de arena que hay y que ha dado muchos quebraderos de cabeza a los camiones de transporte.

Llegamos al campo de refugiados de Kounoungou. Saludamos al “camp manager”. Nos esperan. Explicamos el motivo de nuestra visita. Insisten en que hagamos el recorrido en coche pero optamos por ir a pie. Nos ofrecen escolta. No hace falta. Jaime Moreno sj se conoce bien el terreno, y a cada paso, la gente que trabaja en el campo se para a saludarle cariñosamente. En el año 2009 hicieron el último censo que fija la población del campo en 15.000 personas. A todos y cada uno les han dado una acreditación como refugiado.

Visitamos la escuela anexa, la escuela primaria, la secundaria con la sala polivalente. También tenemos tiempo de conocer el centro de salud, con lo básico e imprescindible. El campo está situado sobre una planicie y parece muy bien ordenado y organizado. El agua se almacena en unos tanques elevados de 100.000 litros cada uno y se distribuye a diferentes puntos de abastecimiento abiertos durante 4 horas al día. Las mujeres y las niñas cargan el agua, en bidones sobre la cabeza o a lomos de los burros. Las casas, ya casi no quedan tiendas de campaña, están hechas de adobe y cubiertas por el plástico del ACNUR sobre el que ponen un techo de paja, permitiendo que duren más durante la época de lluvias. Llevan ya 7 años viviendo aquí.

Estamos en semana de distribución de alimentos, una al mes. Los hangares del PAM (Programa Mundial de Alimentos) están rebosantes. Desde allí, los sacos de 50 kg se cargan en pequeños carromatos para transportarlos al centro de distribución. Este trabajo lo hacen hombres. Las familias esperan pacientemente a ser llamadas. Sellan sus cartillas y comienza el reparto. Lentamente, una a una, acostumbradas demasiado tiempo a esta rutina, las mujeres van recibiendo el aceite, el maíz, el trigo, el arroz, el sorgo, todo lo necesario para que la familia sobreviva este mes. Nadie cultiva, nadie trabaja, todo llega de fuera.

Los niños sonríen, huidizos al primer encuentro, pero te siguen allá donde vayas. Vienen a buscarnos. Regresa el convoy. Abandonamos Kounoungou.

Tras una comida y descanso reparador, debemos presentarnos al coordinador de los campos de la zona. Nuestros permisos aún no han llegado. Aún seguiríamos en Ndjamena. Todo en orden, podremos ir a Mile.

Por la tarde, todo el equipo de JRS trabaja intensamente en la base. La actividad en los campos debe tener un soporte administrativo, un control económico y una evaluación. Jaime e Inés se manejan como pez en el agua. Todo el mundo les quiere. Tras la cena, la globalización del fútbol nos hace ver en directo el partido del Real Madrid. Aquí se alegran tanto o más que en España. Antes de dormir, de nuevo, un premio: el cielo estrellado de Guéreda. Inenarrable. Dulces sueños.